



Srta. Domus

ACTO PRIMERO

Srta. Alba

Sra. Ruiz

Fot. Franzen

## PEPITA REYES

COMEDIA EN DOS ACTOS, ORIGINAL DE D. JOAQUÍN Y D. SERAFÍN ALVAREZ QUINTERO,  
ESTRENADA EN EL TEATRO LARA

Los hermanos Quintero han triunfado esta vez completa y definitivamente: el público y la crítica han aplaudido por igual su *Pepita Reyes*, y apenas si algún aristarco cultivador de la censura de *ontrance*, ha formulado objeciones que, por fortuna, ni han sido muchas ni razonadas.

El triunfo, pues, es indiscutible, y para los distinguidos autores debe ser más grato, porque han triunfado sin abandonar sus posiciones, sin variar sus procedimientos, estando donde estaban y obligando á los incrédulos á confesar tácita ó explícitamente, que la fórmula del arte escénico por ellos empleada es la que mejor responde, á lo que hoy por hoy, y en el género á que los Quintero se dedican singularmente, pide el público al arte escénico.

No hay en *Pepita Reyes* nuevas orientaciones, ni procedimientos distintos de los empleados hasta ahora por los hermanos Quintero; no hay tampoco mayor habilidad técnica, apenas si hay como cosa inopinada un discreto silencio que deja al público el trabajo de sacar consecuencias de lo que vió, y evita así á un personaje de decirlo; pero esto que ha librado á los autores de *Pepita Reyes* de anate-

mas formulados por algún crítico al estrenarse *La dicha ajena*, tampoco es sino novedad muy relativa; lo mismo se hace en otras obras de los mismos autores y, sin embargo, y, sin razón, no fueron ellas tan alabadas como la que ahora se representa.

Y no se diga que el buen éxito se debe á causas extrínsecas á la obra; antes del estreno se habló de que *Pepita Reyes* era un episodio de la vida de una distinguidísima actriz, pero ni eso fué tenido en cuenta por el público ni, en definitiva, puede nadie afirmar que sea cierto.

«Con *Pepita Reyes*, he dicho en otro lugar, ocurre ahora lo que antes ocurrió con *El marido de la Tellez*. Basta una brizna de realidad para que los suspicaces atribuyan á los autores propósitos málévolos; de que una actriz esté casada con un autor y vivan ó puedan vivir como perros y gatos, no se deduce que ellos sean precisamente la *Tellez* y su marido; y de que otra actriz naciese ó creciese en una portería, porque en alguna parte hay que nacer, tampoco es consecuencia lógica que ese sea el modelo reproducido en *Pepita Reyes*.»

«En la comedia de los Quintero, como en la comedia de Benavente, hay un drama, visto en la realidad y llevado á la escena sin otro fin ulterior



BALBINA VALVERDE EN «PEPITA REYES»

*Fot. Franzen*





SRTA. ARMIDA PARSI, DEL TEATRO REAL



SR. CALLE



SR. RODRIGUEZ



SR. SANTIAGO

que el de mostrarle al público artísticamente. Benavente, los Quintero y cuantos como ellos trabajan, hacen en sus comedias anatomía social, diseñan muchos individuos y sacan de su estudio una figura que, como la descrita por los libros de Anatomía material, no existe, es pura invención, si quierá defina la realidad tal como ella es ó debiera de ser.»

«Pero las gentes no se percatan de esto, atienden solo á la superficie de las cosas, y en cuanto han visto una portería han puesto nombre y apellido á la hija del señor Nicasio; verdad es que también han dicho que en *Pepita Reyes* no pasa nada, y ya se ve que esto no es cierto; no pasan tantas cosas como en *El Dios grande*, donde por pasar, pasa hasta una procesión; pero ocurre, y ya es ocurrir, el conflicto de dos almas que, luchando entre su mutuo amor y otros sentimientos menos sublimes, dejan incautamente que estos vonzan á aquél. Esto sin contar con que pasa también el egoísmo triunfante, que si es enfermedad en Argan ó en Harpagon, comienza á serlo en el señor Nicasio, D. Lolo y Bastiana.»

El argumento de *Pepita Reyes* es muy sencillo: Pepita Reyes es una muchacha linda, con buena voz, hija de un portero, el señor Nicasio (Rodríguez), y que sueña con debutar en el teatro, donde piensa conseguir «pan para su gente.»

Pepi'a tiene un novio, Víctor (Sr. Calle), que se opone á aquel deseo de su amada. Se quieren mucho, pero se separan riñendo cuando la muchacha, por recomendación de su maestro, va á debutar. Víctor la pide que elija entre el teatro y él y la muchacha elige el teatro, al que la llevan la voca-

ción y la necesidad. Víctor se marcha de Madrid buscando el olvido en la ausencia, y Pepita debuta.

Un año después, ya en el segundo acto de la comedia, Pepita es tiple aplaudidísima y muy festejada. Víctor, á quien no curó la ausencia, la ha escrito tres cartas; pero el Sr. Nicasio ha impedido que lleguen á manos de la muchacha. Esta, no obstante, sigue creyendo en el amor de Víctor.

Vuelve el novio á Madrid, la tiple regocójase al verle pensando que viene á transigir; él, por su parte, piensa que Pepita, satisfecha ya la vanidad artística, será más dócil á los mandatos del amor. Uno y otro se equivocan: el conflicto sigue en pie, y tras de una escena en que la presencia del segundo apunte da plasticidad al conflicto dramático, para que le vean los miopes, el conflicto se resuelve lo más inhumanamente posible, pero como se ha resuelto muchas veces: sucumbiendo el amor al interés, partiendo Víctor tal vez para no volver más y llorando Pepa su desventura en brazos de su doncella y amiga la *Morritos*.

Tal es el argumento de la comedia, en la que como se ve, y contra la opinión de los que no miran las cosas sino superficialmente, hay asunto, y asunto muy hondo.

Existe, en efecto, y hay necesidad de ser miope para no percatarse de ello, un conflicto dramático muy intenso planteado por la lucha que en el ánimo de Pepita Reyes sostienen de un lado su amor á la familia y de otro su amor á Víctor. De un lado

el amor que siente hacia su novio y de otro la obligación en que se cree de sacrificarse porque su gente tenga pan.

La lucha está bien sostenida, y se ofrece al público con extraordinaria realidad de vida porque es lucha que los hermanos Quintero, como todo el que haya vivido en el teatro han podido ver, aunque en distintas formas, sostenida multitud de veces.

Algún crítico ha puesto á *Pepita Reyes* un reparo fundado precisamente en la forma en que esa lucha se plantea y sostiene; en ella no ve claramente si Pepita hace el sacrificio sólo por satisfacer las necesidades de los suyos ó atraída, además, como cándida alondra, por el espejismo teatral.

que se sintiera más violentamente atraída por su amor á Víctor, y que de este modo perdiera el conflicto su tensión dramática, porque la lucha ó no existiera ó fuese infinitamente menor.

Cierto que tratándose de seres excepcionales extraordinariamente altruistas y prontos á sacrificarse por los suyos el conflicto podría sin aquel acicate tener la misma fuerza, pero los hombres no son así y como los hermanos Quintero fabrican ordinariamente figuras de carne y hueso, no está de más que pongan en ellas esas pasiones indudablemente más bajas que otras, pero que indudablemente se dan coexistiendo con ellas y contribuyen á modificar fuertemente sus efectos.

El interés del conflicto presentado por los afor-



Srta. Domus

ACTO PRIMERO  
Sr. Rodríguez

Sr. Santiago

Fot. Franzen

La observación es en cierto modo justa, porque, en efecto, á veces más parece que mueve á la gentil artista el deseo del triunfo escénico, que la tirana necesidad. En el primer acto, singularmente, piensa más en la gloria que puede conquistar en la escena, que en otras ventajas que su nueva posición pueda proporcionarla; pero en el acto segundo, aunque la gloria siga pareciéndola manjar gratísimo, ya piensa tanto ó más, quizás por desengañada, en las necesidades de los suyos que en los aplausos y en las ovaciones.

Además, por doloroso que sea, hay que reconocer las flaquezas de la pobre y mísera condición humana y sin el acicate de su pasión por el teatro, una mujer puesta en el caso de Pepita Reyes posible es

tunados autores, es más grande aún si se le estudia en sus últimas consecuencias: plantea, en efecto, un problema muy arduo y cuya solución no es ni mucho menos fácil. Pepita Reyes va al teatro, y al ir necesariamente ha de renunciar al amor; la razón borró hace mucho tiempo el estigma infamante que sobre los actores pasaba, claro es que sin motivo alguno, y llegaba hasta negarles sepultura en sagrado, pero de aquel estigma queda aún algún vestigio como reviviscencia de él, el que señala á las actrices y las impide en circunstancias normales gozar del amor santo y puro en el matrimonio.

Es cierto que algunas actrices han logrado ventajosos enlaces, pero solo ha ocurrido así en casos excepcionales y además casi siempre dejando de

ser actriz la que llega á ser esposa. En general, los hombres se detienen ante rancios prejuicios, y unas veces por miedo, poco justo casi siempre al pasado, y otras por un sentimiento extraño é indudablemente erróneo de la propia dignidad, pasan ante las mujeres de teatro como si de ellas debieran huir, como si cada una de ellas fuese un escollo á que fuera peligroso aproximarse.

Sin tales prejuicios en los cuales queda algo también del concepto que en lejanos tiempos se tenía de la mujer, considerándola como esclava del marido ó como objeto de lujo que él debe costear y mantener, Víctor no encontraría tan descabellada la decisión de Pepita ni vería en la realización de ella un obstáculo insuperable para sus proyectos matrimoniales.

tales como el de la *Morritos*, éste por encima de todos, el del padre de Pepita, el de Bastiana, el de D. Lolo, el de la madre de la *Morritos*, el del avisador y todos los de admiradores de la actriz que intervienen en el segundo acto, y dan vida y color á las escenas que ocurren en el cuarto de Pepa.

Uno solo de esos personajes, la *Morritos*, bastaría para hacer la fama de un autor; es la figura viviente de la «hija de la vecina», pobre, inteligente y maltratada, á quien se protege en tantos hogares. La señora Ruiz hizo además este papel tan diestramente, compuso la figura con tan cuidada propiedad y estuvo durante toda la comedia tan dentro de su personaje, que bastaría, con esa figura y esa actriz, para hacer que la comedia perdurase en los carteles.



ACTO PRIMERO

Fot. Franzen

Srta. Ruiz

Sr. Rodríguez

Srta. Domus Srta. Valverde

Hay, pues, en *Pepita Reyes* mucho que ver y mucho que estudiar, y aunque para algunos sea solo una comedia de caracteres, evidentemente es algo más y, desde luego, una comedia con tanta ó más enjundia que otras obras de los hermanos Quintero, aunque estos hayan procurado disimularlo y, como autores duchos, hayan logrado realizar su propósito.

Los tipos que en *Pepita Reyes* se presentan al público son todos, y esto no lo ha puesto en duda nadie, copia fiel de la realidad. Pepita y Víctor, perfectamente definidos por sus actos, lo son también por sus palabras y junto á ellos resaltan también perfectamente dibujados otros caracteres,

Desde la primera escena en que la muchacha, sola en la portería del señor Nicasio, lee en voz alta, trabajosamente y con entonaciones de mujer redicha, un folletín, hasta la última en que Pepa cae en brazos de la moza para llorar sus penas cuando quedan solas en el cuarto, en todas resulta el tipo admirablemente dibujado y perfectamente sostenido. Se ve en ella el tipo conocidísimo en Madrid de la «chica» arrimada al calor de un hogar ajeno, porque el suyo es demasiado frío, y que en él es tolerada primero y admitida después como necesidad ineludible. La *Morritos* es en la portería criada para todo, pero con tal grado de confianza con sus amos, que tutea á la señorita y puede impunemente perder en el camino dos pasteles cuando, para festejar la contrata de Pepita, la envían á



Fot. Franzen

Srta. Ruiz

Srta. Domus

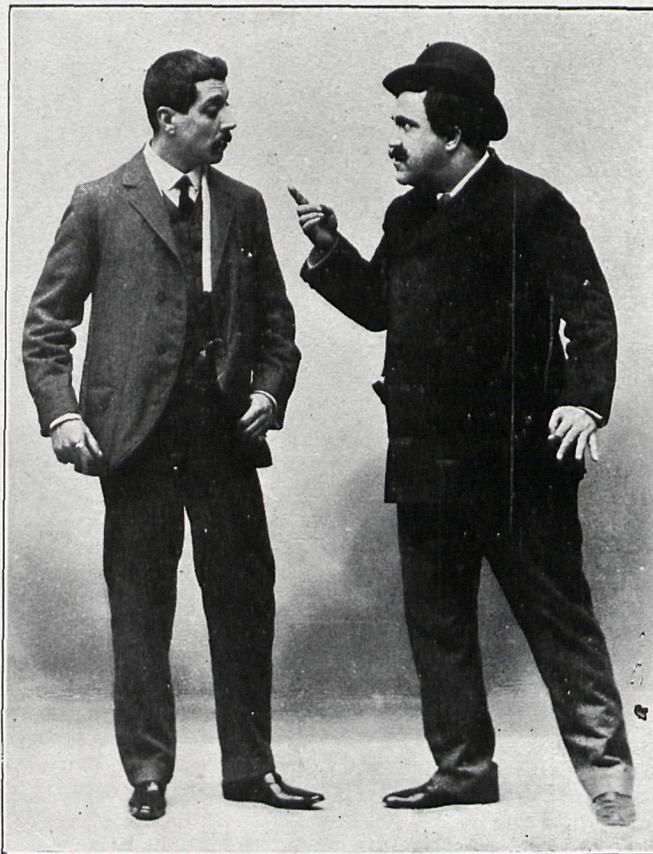
Sr. Calle

buscar una docena de ellos. Luego *Morritos* es doncella de la tiple, y en su peinado como en su atavío, deja ver como los demás personajes que viven á espensas de la estrella, el cambio favorabilísimo que en su condición se ha operado.

La intervención de la *Morritos* en los amores de Víctor y Pepita es también naturalísima, y las escenas á que esa intervención da lugar en el segundo acto están, además, perfectamente pensadas y muy bien compuestas.

Tipo perfectamente real es el del señor *Nicasio*, padre de Pepita, holgazán, borrachín y egoísta, que pospone á las satisfacciones de su estómago los sentimientos y las afeciones más puras de su hija.

Acostumbrado á la vida fácil que el trabajo de su hija como modista le proporciona en



Sr. Calle

Fot. Franzen

Sr. Rodríguez

el primer acto, defiende en el segundo con calor contra las vehemencias de Víctor la vida regalona que debe á la modista convertida en actriz.

Bastiana y don Lolo, dos tíos de Pepita, á los que ésta, sin que el parentesco lo justifique bastante, mantiene también, son tipos vivientes como los anteriores.

Bastiana es egoísta como su cuñado, pero su egoísmo resulta mayor aún, tiene una especie de prolongación en un exagerado amor maternal erróneamente entendido que la obliga á pedir y desear para su hijo aún más de lo que para ella pide y desea, considerando que el mozo, rayano ya en los treinta años, no está aún en edad de trabajar y sí en la de divertirse y hacer todo género de calaveradas y locuras.

Don Lolo es un per-

fecto parásito, muy semejante, psicamente, al señor Nicasio y á Bastiana. Sólo le interesan en el primer acto el estado de las obras públicas y las novedades musicales que ejecutan en la parada las músicas de los regimientos de la guarnición; después, cuando en el segundo acto le vemos teñido y adecentado, su intervención en la escena en que una corista pide á Pepa protección para una compañera, nos hace pensar que tiene ya otras ocupaciones y que es, á su edad y con sus canas mal pintadas, un tenorio de escenario.

Los demás tipos, menos importantes, están también arrancados á la vida real.

Hasta el admirador de Pepita que en el acto segundo acompaña á los toreros y limita su intervención en la obra á una carcajada rayana en la idiotez,

ble que en la escena del avisador no se hubiera hecho un chiste que la llena por completo, pero esos pequeñísimos lunares no bastan ni mucho menos para oscurecer el conjunto.

La intervención de la madre de *Morritos* es un rasgo feliz, porque pintado de una pincelada sobria y magistral el carácter de la lavandera, resulta más fácilmente inteligible el de su hija. Las brusquedades y la vehemencia de la madre son, en efecto, una justificación más de la situación de la muchacha y del apego de ésta á la familia de sus amos.

Del mismo modo, y esto ya queda dicho, la intervención en el segundo acto del segundo apunte da plasticidad al conflicto dramático, y es en este concepto habilísima y oportuna, como lo son la entrada y súplica de la corista que revela el importante



ACTO SEGUNDO

Srta. Domus

Sr. Calle

Srta. Ruiz

Fot. Frenzen

parece fotografía de un concurrente asiduo á los *ca-merinos* de actores y actrices.

La madre de la *Morritos*, una lavandera irascible que sin razón ni motivo maltrata á su hija constantemente, el marqués, dos toreros, el avisador, al que sólo podría reprochársele alguno de los chistes que dice; la corista, el segundo apunte y, en una palabra, cuantos personajes intervienen en la obra, tienen calor de vida.

Las escenas en que los personajes de que se ha hablado, toman parte parecen todas ellas, é indudablemente lo son, escenas vistas en la realidad, y en casi ninguna de ellas puede decirse que falta ni que sobra nada. Apenas si podía reputarse como innecesarios alguno de los tipos que preguntan en la portería por la vecina alegre y acaso fuese preferi-

puesto ocupado por Pepita en el teatro, y la intervención de los admiradores que indica con análoga sobriedad cuan festejada es la estrella y cuanto pudieran influir en su ánimo los atractivos que la vida teatral tiene para las actrices mimadas. Puede decirse, en suma, que ninguna de esas figuras ni de las frases que dicen huelga y que, por el contrario, contribuyen todas y en todos los momentos á dar á las figuras principales el ambiente que necesitan para que sus sensaciones y sus pensamientos sean más fácilmente comprendidos.

A. MIQUIS.

La interpretación fué excelente por parte de todos los actores que tomaron parte en la obra; todos,



Sr. Rodríguez

Srta. Domus

ESCENA PENÚLTIMA  
Sr. Santiago

Sr. Pacheco

Sr. Pérez

Sra. Valverde

*Fot. Franzen*